

## NOTA BIOGRÁFICA

SAMUEL LEIB SHNEIDERMAN nació en el año 1906 en Kazimierz Dolny, (en *yidish*, Kuzmir), a orillas del río Vístula, en la región de Lublin (Polonia). Tras su educación primaria en una escuela religiosa judía y la secundaria en un instituto polaco, cursó estudios superiores de Periodismo en Varsovia.

Entre los años 1929-1932 dirigió la revista *Trybuna Akademicka* e impulsó el *Almanach Literacki*, una traducción al polaco de una antología de poesía y prosa, escrita originalmente en hebreo y en *yidish*.

A partir del año 1931 ejerció como corresponsal en París para varios periódicos judeo-polacos, y en 1933 contrajo matrimonio con Eileen Szymin, hija de un reputado editor varsoviano de literatura *yidish*.

En octubre de 1936, se desplazó a España como enviado especial para varias publicaciones. Sus reportajes, tanto en *yidish* como en polaco, vieron la luz en diversos medios de Polonia, Francia, Estados Unidos e incluso de la Tierra de Israel en Palestina. En enero de 1938, el autor publica en Varsovia una recopilación de sus reportajes en lengua *yidish* bajo el título *Krig in Shpanyen* (Guerra en España) y el subtítulo *Hinterland* (Retaguardia), acompañados de fotografías tomadas por su cuñado y compañero David Seymour, uno de los fundadores de la famosa agencia Magnum Photos. En esta edición, se han incluido algunas de las instantáneas tomadas por Seymour con los pies de foto escritos en su día por Shneiderman.

La intención del autor, tal como asegura en el Prólogo incluido también en esta edición (la primera que se publica en español), era elaborar un segundo volumen relativo a su viaje a los frentes de Madrid, Bilbao y Aragón. Sin embargo, según él, la excepcional rapidez con que se produjeron los acontecimientos en los meses siguientes, así como las tumultuosas circunstancias personales vividas, le impidieron cumplir su propósito.

Llegado el año 1940, el escritor, junto con su mujer y su pequeña hija, emigró desde París a América y se estableció en Nueva York. Allí adquirió posteriormente la nacionalidad estadounidense y siguió ejerciendo como cronista periodístico, siempre en lengua *yidish*.

En 1945 colaboró en la edición del *Diario de Mary Berg*, que en España se tituló *El gueto de Varsovia. Diario 1939-1944*. En este libro, se recoge la experiencia de la joven Mary, de quince años, en el gueto de Varsovia. Un año después, Shneiderman visita Polonia y deja constancia de la situación del país en su obra traducida al inglés bajo el título *Between Fear and Hope* (New York, 1947).

Ya en 1970, vuelve a tocar el tema de la historia y destrucción de las comunidades judías polacas en *Yen di Vaysl hot geredt Yidish* (Cuando el Vístula hablaba *yidish*), publicado en Tel Aviv y traducido al inglés bajo el título *The River Remembers* (Horizon Press, 1978)

En 1994, el matrimonio Shneiderman muda su residencia desde Manhattan a Tel Aviv, en donde ya se había instalado, treinta años atrás, su hija Helen. En esta ciudad fallecieron el autor en 1996 y, en el año 2004, también Eileen, su esposa y colaboradora de por vida.

La presente edición incluye un apéndice con dos artículos sobre política española publicados en los años setenta por Shneiderman en la prensa *yidish* estadounidense, que testimonian el interés que el autor mantuvo durante toda su vida por España.

LOS TRADUCTORES

# I. EN BARCELONA



El mar.

El azul y el verde oliva refulgen bajo el sol, al igual que la blanca espuma en la costa. Casitas de pescadores solitarias, de piedra blanca tallada, salpican las planicies pedregosas.

Las gaviotas, en bandadas compactas, con sus alas de plata deslumbran los ojos al verlas planear. Descienden con ímpetu y, súbitamente, remontan el vuelo hacia las alturas. Días más tarde, nos vendrían al recuerdo estas aves del mar cuando, ya en tierra española, vimos a los también plateados aviones de caza dar pasadas en el cielo a la espera de bajar en picado sobre las calles de ciudades abiertas, o sobre trincheras fortificadas en los campos de batalla.

Me he quedado solo, como único pasajero, en el largo tren que a toda velocidad surca el aire mientras atraviesa el último túnel, ya cerca de la ciudad fronteriza española de Port Bou. Me impaciento de pie al lado de la ventana, cuando está a punto de abrirse ante mí el panorama de esa España que ahora es como un gran campo de batalla, en el que miles de personas se enzarzan en una lucha sanguinaria. Me produce, por tanto, sorpresa contemplar la tranquilidad con la que esperan sobre el andén la llegada del tren algunas personas vestidas de civiles y otras con ropa militar y gorras verdes, rojas o negras. Aguardan la llegada del único tren de pasajeros del día. Enseguida, al bajar, un hombre agarró mi maleta y otros fueron pasando de mano en mano mi pasaporte para examinarlo. Me hicieron preguntas acerca del

objeto de mi viaje y de los periódicos que represento. Al poco rato, de entre los controladores salió un joven rubio que empezó a hablarme en alemán con notable acento *yidish* y en tono especialmente severo. Le respondí que no hablaba ese idioma y pasé a hablarle en francés.

Cada uno de los diversos controladores quiso participar, si quiera con una sola pregunta, en el interrogatorio del único pasajero que el tren internacional acababa de arrojar sobre el rojo vivo de la tierra española. Entre ellos había anarquistas, trotskistas y representantes del Partido Socialista Unificado de Cataluña. El jefe del control de frontera, un personaje grandullón, de melena rubia despeinada, interrumpió finalmente el interrogatorio y luego estampó un sello sobre mi carta de la Embajada de España en París, el documento oficial que me concedía libertad de movimiento sobre suelo español.

—No debe usted enfadarse —me dijo en tono bastante cortés— porque estamos haciendo un control tan severo. Hemos soportado experiencias amargas con periodistas extranjeros. Por esta razón debemos ser cautelosos.

Acompañado por una miliciana armada pasé a la sala de espera. Aún faltaba una hora para la llegada del tren que me llevaría a Barcelona, de modo que pedí que me sirvieran un café. De las paredes de la sala colgaban grandes carteles, entre los cuales dos destacaban especialmente. Uno de ellos mostraba una gran esvástica, machacada por lo que aquí llaman una alpargata, el zapato que usa la gente más humilde del pueblo. En el segundo, una encarnación de la mujer española hacía gala de su heroísmo tras las barricadas, durante los primeros días del levantamiento militar.

El soldado que me había conducido a la sala de espera me acompañó hasta que de nuevo subí al tren, con destino a Barcelona. De una estación intermedia a otra los vagones se fueron llenando. Entre los viajeros, además de campesinos y trabajadores, había también milicianos, unos con fusil al hombro y otros con solo una pistola enfundada; la mayoría vestidos con ropa civil pero con gorra militar, algunas con la insignia negra y roja de los anarquistas y otras con la estrella roja del Partido Socialista Unificado. En los pasillos de los vagones abundaban las mujeres con paquetes de alimentos que habrían conseguido en alguna de las oficinas de provisiones. Poco a poco, la gente fue pasando a los vagones de la segunda clase.

La tarde otoñal se iba extinguiendo. Por la ventanilla abierta del vagón penetraba una cálida brisa, más propia del verano. Me entendí fácilmente en francés con mis compañeros de viaje, algunos de ellos obreros que, al no poder encontrar empleo en su tierra, hasta hacía poco tiempo trabajaban en Francia. Al menos ahora, si no los contrataban en la industria catalana, se alistarían en la milicia.

Algunos me preguntaron quejosos por qué León Blum<sup>2</sup> no permitía que les fueran enviadas armas... Uno de los milicianos que había estado en el frente de Málaga me mostró su viejo y aparatoso revólver Nagant:

—En nuestro frente —me explicó con amargura—, ni siquiera tenemos fusiles.

---

2 León Blum (1872-1950), jefe del Gobierno francés en dos ocasiones, de 1936 hasta su dimisión en junio de 1937, y nuevamente de marzo a abril de 1938 como jefe del Gobierno del Frente Popular. A finales de 1946 fue presidente del último gobierno provisional de la República Francesa antes de instaurarse la IV República.



Esa queja por la falta de armas estaba en todas las bocas.

En Gerona subió al tren una joven pareja elegantemente ataviada a diferencia del resto de viajeros, él rubio y ella muy morena. Entablé conversación con él, ya que hablaba un francés fluido. Era judío alemán y se había casado unos días atrás con su bella esposa española. Desde la Alexanderplatz de Berlín, inmediatamente después de la llegada de Hitler al poder, había huido a España y ahora trabajaba como profesor en un instituto de Gerona. Su padre permaneció en Barcelona y era persona destacada en la comunidad judía. Por un momento, la conversación con este joven ahuyentó mi primera visión acerca de España.

La ciudad de Barcelona emergió al fin en el anochecer. Eran las siete de la tarde. Frente a nosotros, la gran densidad de brillantes puntos de luz me trajo al recuerdo, cómo no, París, la «ciudad de la luz».

¿Qué clase de sorpresas me esperaban en esta ciudad? ¿Cómo sería la vida en esta región del país, donde se acababa de aplastar el levantamiento militar? Me sobrevino una sensación de inquietud, a punto de dar mis primeros pasos en la estación de ferrocarril.

Nada más bajar del tren, el miliciano que desde un rincón del vagón me vigilaba, se me acercó con el fusil colgado al hombro y me condujo al cuarto de control donde mis papeles fueron examinados de nuevo. Me pusieron en manos de un segundo miliciano y, en un automóvil, fui llevado a Gobernación. Desde allí, tras recibir un sello sobre mi pasaporte, pude salir a las calles de Barcelona, libre y sin ningún acompañamiento.

Una vez en el hotel, la cena ya estaba preparada y me senté, algo confuso, a una de las mesas ricamente dispuestas con cestos

de frutas, botellas de vino y vajilla blanca, junto a camareros con chaquetas pulcramente blancas. La única señal de rebelión armada en esa lujosa sala era el contraste entre algunos milicianos con grandes metralletas y los caballeros elegantemente vestidos junto a damas con peinados de peluquería. Desde el edificio de enfrente nos llegaba, a través de las ventanas, el sonido amenazante del altavoz de una radio, del que no entendí ni una palabra.

Eran las diez de la noche. La curiosidad me impidió quedarme en la habitación del hotel, a pesar del cansancio por el largo viaje.

La iluminación en la calle era realmente comparable a la de los amplios bulevares de París. Grandes anuncios con luces de neón de muchos colores atraían desde los comercios. Los tranvías de color verde y los autobuses urbanos se desplazaban a gran velocidad, así como algunos automóviles oficiales con flameantes banderitas. Entre la multitud que caminaba por las aceras destacaban jóvenes armados con fusiles, lo mismo milicianos que milicianas. Ellas con pantalones, blusas de tela verde y fusiles cortos al hombro, pero al mismo tiempo con labios cuidadosamente pintados y cejas maquilladas con esmero...

En la plaza de Cataluña, el núcleo de la ciudad, el movimiento era más intenso. Allí está situado el hotel Colón, el más lujoso de la ciudad, ahora confiscado por el Gobierno. En él se alojan las oficinas del PSUC, el Partido Socialista Unificado de Cataluña.

En las terrazas de los cafés en las aceras, apenas había mesas libres. Se detectaba un pulso nervioso, con la presencia de milicianos y milicianas por doquier. Los muchachos que vendían periódicos pasaban a toda prisa, con las últimas ediciones del periódico barcelonés *La Noche*.